

An aerial photograph of a long, straight, two-lane asphalt road cutting through a dense, lush green forest. A small, dark-colored car is visible on the road, driving away from the viewer towards the horizon. The sky above is filled with soft, grey clouds. The overall scene is serene and expansive.

JOHN
GRISHAM

LOS
GUARDIANES

En la pequeña ciudad de Seabrook, Florida, un prometedor abogado llamado Keith Russo fue asesinado a tiros una noche mientras trabajaba hasta tarde en su despacho. El culpable no dejó pistas. No hubo testigos, nadie tenía un motivo. Pero la policía pronto sospechó de Quincy Miller, un joven negro que había sido cliente de Russo.

Miller fue juzgado y condenado a cadena perpetua. Durante veintidós años languideció en prisión, manteniendo su inocencia sin que nadie lo escuchara. Desesperado, escribe una carta al Ministerio de los Guardianes, una pequeña organización sin ánimo de lucro liderada por el abogado y sacerdote episcopaliano Cullen Post. Post viaja por el país luchando contra sentencias injustas y defendiendo a clientes olvidados por el sistema. Sin embargo, en el caso de Quincy Miller encuentra obstáculos inesperados. Los asesinatos de Keith Russo son personas poderosas y despiadadas, y no quieren que Miller sea exonerado. Mataron a un abogado hace veintidós años, y matarían a otro sin pensarlo dos veces.

Índice de contenido

Cubierta

Los Guardianes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Nota del autor

Sobre el autor

Para James McCloskey
«El Exonerador»

1

Duke Russell no es culpable de los crímenes atroces por los que se lo condenó; sin embargo, está previsto que sea ejecutado por ellos dentro de una hora y cuarenta y cuatro minutos. Como siempre durante estas terribles noches, el reloj parece ir más deprisa a medida que se aproxima la hora final. He sufrido dos de estas cuentas atrás en otros estados. Una de ellas se completó y mi defendido pronunció sus últimas palabras. La otra se anuló con un desenlace milagroso.

El tiempo sigue corriendo..., pero no va a suceder, al menos esta noche. Quizá los tipos que gobiernan Alabama un día consigan servirle a Duke su última comida antes de clavarle la aguja en el brazo, pero esta noche no. Solo lleva nueve años en el corredor de la muerte. La media en este estado es de quince. Veinte tampoco es algo inusual. Hay una apelación pululando por el circuito número once de Atlanta, y cuando acabe en el escritorio del secretario judicial adecuado, la ejecución se suspenderá. Duke volverá a los horrores de la reclusión en solitario y vivirá para morir otro día.

Ha sido mi cliente durante los últimos cuatro años. Su equipo incluye un gigantesco bufete de Chicago, que ha invertido miles de horas pro bono, y una organización de Birmingham sin demasiados recursos en contra de la pena de muerte. Hace cuatro años, cuando me convencí de que

era inocente, firmé como hombre clave. En la actualidad me ocupo de cinco casos, todos de condenas injustas, al menos en mi opinión.

He visto morir a uno de mis clientes. Sigo creyendo que era inocente. Pero no pude demostrarlo a tiempo. Uno es suficiente.

Por tercera vez hoy, entro en el corredor de la muerte de Alabama y me paro en el detector de metales que bloquea la puerta principal, donde dos guardias ceñudos protegen su territorio. Uno de ellos sostiene un portapapeles y me mira como si hubiera olvidado mi nombre desde mi última visita hace dos horas.

—Post, Cullen Post —le digo al zopenco—. Para ver a Duke Russell.

Examina su portapapeles como si contuviera información vital, encuentra lo que busca y señala con la cabeza una corta cinta transportadora. Coloco en ella mi maletín y mi teléfono móvil, tal como había hecho antes.

—¿Reloj y cinturón? —pregunto en plan listillo.

—No —gruñe con cierto esfuerzo.

Cruzo el detector, me autorizan la entrada y una vez más un abogado defensor consigue acceder como es debido, sin armas, al corredor de la muerte. Agarro el maletín y el móvil y sigo al otro guardia por un aséptico pasillo hacia una pared de barrotes. Él asiente, se oye clic y clang, la puerta de barrotes se abre y enfilamos otro pasillo, seguimos internándonos en este deprimente edificio. Al doblar una esquina, algunos hombres están esperando ante una puerta de acero sin ventana. Cuatro visten uniforme; dos, traje. Uno de estos últimos es el alcaide.

Me mira con expresión seria y se acerca.

—¿Tiene un minuto?

—No demasiados —respondo.

Nos apartamos del grupo para charlar en privado. No es mal tipo, solo hace su trabajo; es nuevo, o sea que nunca

ha llevado a cabo una ejecución. También es el enemigo, da igual lo que quiera porque no va a conseguirlo de mí.

Nos arrimamos como si fuéramos colegas y me susurra:

—¿Cómo pinta?

Miro a mi alrededor, como si evaluara la situación.

—Uf, no lo sé —respondo—. Para mí que pinta a ejecución.

—Vamos, Post. Nuestros abogados dicen que está todo listo.

—Sus abogados son imbéciles. Ya hemos tenido esta conversación.

—Vamos, Post. ¿Qué probabilidades hay ahora mismo?

—Cincuenta, cincuenta —miento.

Esto lo desconcierta y no sabe muy bien cómo responderme.

—Me gustaría ver a mi cliente —digo.

—Claro —eleva la voz, parece decepcionado.

No pueden verlo cooperando conmigo, así que se aleja con paso airado. Los guardias retroceden cuando uno de ellos abre la puerta.

Duke está tumbado, con los ojos cerrados, en un catre dentro de la celda de la muerte. En esta ocasión especial, las reglas le permiten tener un pequeño televisor a color para que vea lo que se le antoje. Lo tiene sin sonido, con las noticias por cable sobre los incendios forestales en la zona oeste. Su cuenta atrás no es una gran historia a nivel nacional.

Cada uno de los estados en los que existe la pena de muerte tiene sus estúpidos rituales en el momento de la ejecución, todos ideados para crear el mayor dramatismo posible. Aquí se permiten visitas con contacto con familiares cercanos en una amplia sala. A las diez de la noche trasladan al reo a la celda de la muerte, que está junto a la cámara de la muerte, donde será ejecutado. Se permite que un capellán y un abogado se sienten con él, pero nadie

más. La última comida se le sirve en torno a las diez y media, y puede pedir lo que desee salvo bebidas alcohólicas.

—¿Cómo estás? —pregunto cuando se incorpora y sonríe.

—Mejor que nunca. ¿Alguna noticia?

—Aún no, pero sigo siendo optimista. Deberíamos saber algo en breve.

Duke tiene treinta y ocho años y es blanco, y antes de que lo arrestaran por violación y asesinato sus antecedentes penales consistían en dos detenciones por conducir bajo los efectos del alcohol y un puñado de multas por exceso de velocidad. Nada violento. En su juventud fue un chico fiestero y camorrista, pero después de nueve años de soledad se ha tranquilizado considerablemente. Mi trabajo es conseguirle la libertad, algo que en este momento parece un sueño descabellado.

Cojo el mando a distancia y cambio a un canal de Birmingham, pero lo dejo en silencio.

—Pareces muy seguro —dice.

—Me lo puedo permitir. A mí no me van a clavar la aguja.

—Eres un tío gracioso, Post.

—Relájate, Duke.

—¿Que me relaje? —Baja los pies al suelo y sonríe de nuevo. Sí que parece relajado, teniendo en cuenta las circunstancias. Se ríe y dice—: ¿Te acuerdas de Lucky Skelton?

—No.

—Al final lo ejecutaron, hace unos cinco años, pero no antes de servirle tres últimas comidas. Recorrió tres veces la pasarela antes de que le dieran el empujón. *Pizza de salchichas y Coca-Cola Cherry.*

—¿Y qué has pedido tú?

—Filete con patatas fritas y un *pack* de cervezas.

—Yo no contaría con la cerveza.

—¿Vas a sacarme de aquí, Post?

—Esta noche no, pero estoy en ello.

—Si salgo, me iré derecho a un bar a beber cerveza fría hasta caerme al suelo.

—Te acompañaré. Ahí está el gobernador. —Aparece en la pantalla y subo el volumen.

Está delante de una batería de micrófonos con los *flashes* de las cámaras deslumbrándolo. Traje oscuro, corbata con estampado de cachemira, camisa blanca y su pelo teñido engominado con precisión. Un anuncio de campaña andante.

—He revisado concienzudamente el caso del señor Russell y lo he discutido largo y tendido con mis investigadores —dice con la aflicción suficiente—. También me he visto con la familia de Emily Broone, la víctima de los delitos del señor Russell, y se opone con firmeza a la idea de que reciba clemencia. Tras considerar todos los aspectos del caso, he decidido permitir que su condena prosiga. La orden judicial se mantendrá y la ejecución seguirá adelante. El pueblo ha hablado. La clemencia para el señor Russell queda por tanto denegada —anuncia de forma tan melodramática como le es posible, y acto seguido baja la cabeza y se aparta despacio de las cámaras, una vez terminada su magnífica actuación.

Elvis ha salido del edificio. Hace tres días encontró tiempo para concederme una audiencia de quince minutos, después de la cual comentó nuestra reunión «privada» con sus periodistas favoritos.

Si su revisión hubiera sido tan concienzuda, sabría que Duke Russell no tuvo nada que ver con la violación y el asesinato de Emily Broone hace once años. Vuelvo a quitar el volumen de la tele.

—Ninguna sorpresa por ese lado —digo.

—¿Alguna vez ha concedido clemencia? —pregunta Duke.

—Por supuesto que no.

Llaman con fuerza a la puerta y se abre. Entran dos guardias y uno empuja un carrito con la última comida. Lo

dejan y desaparecen. Duke contempla el filete y las patatas fritas y una ración bastante delgada de tarta de chocolate.

—No hay cerveza —dice.

—Disfruta de tu té helado.

Se sienta en el catre y empieza a comer. Huele de maravilla y me recuerda que no he comido en, como mínimo, veinticuatro horas.

—¿Quieres patatas? —pregunta.

—No, gracias.

—No puedo con todo esto. Por alguna razón no tengo demasiado apetito.

—¿Cómo estaba tu madre?

Se lleva un buen trozo de filete a la boca y lo mastica despacio.

—No demasiado bien, imagínate. Muchas lágrimas. Fue bastante horrible.

El móvil vibra en mi bolsillo y lo cojo. Miró el identificador de llamada.

—Aquí está —digo.

Sonrío a Duke y respondo. Es el secretario judicial del circuito once, un tipo al que conozco muy bien, y me informa de que su jefe acaba de firmar una orden de suspensión de la ejecución alegando que se necesita más tiempo para determinar si Duke Russell tuvo un juicio justo. Le pregunto cuándo se anunciará el aplazamiento y me dice que de inmediato.

Miro a mi cliente.

—Tienes un aplazamiento —digo—. Esta noche no habrá aguja. ¿Cuánto tardarás en terminarte ese filete?

—Cinco minutos —dice con una amplia sonrisa mientras corta más carne.

—¿Puedes darme diez minutos? —le pregunto al secretario—. A mi cliente le gustaría terminarse su última comida. —Tras un poco de tira y afloja quedamos en siete minutos. Le doy las gracias, cuelgo y llamo a otro número—. Tra-

ga de prisa —digo. De repente le ha venido el apetito y está tan contento como un cerdo en el comedero.

El artífice de la condena injusta de Duke es un fiscal de una pequeña localidad llamado Chad Falwright. Ahora mismo está esperando en el edificio administrativo de la prisión a ochocientos metros de distancia, preparado para el momento de mayor orgullo de su carrera. Cree que a las once y media lo escoltarán a un coche celular, junto con la familia Broone y el *sheriff* local, y los traerán aquí, al corredor de la muerte, donde los llevarán a una pequeña habitación con una gran ventana de cristal cubierta con una cortina. Una vez situados allí, cree Chad, esperarán a que Duke esté atado a la camilla con agujas en los brazos, y entonces la cortina se abrirá en plan dramático.

Para un fiscal no hay mayor satisfacción que presenciar una ejecución de la que es responsable.

Pero a Chad se le negará esa emoción. Tecleo su número y él responde rápido.

—Soy Post —digo—. Estoy aquí, en el corredor de la muerte, y tengo malas noticias. El circuito número once acaba de dictar un aplazamiento. Parece que volverás arrastrándote a Verona con el rabo entre las piernas.

—¿Qué coño dices? —suelta balbuceando.

—Ya me has oído, Chad. Tu fraudulenta condena se está desmoronando y esto es lo más cerca que estarás del pellejo de Duke, que, he de decir, es demasiado cerca. El circuito número once tiene dudas sobre ese trivial concepto conocido como un juicio justo, así que van a aplazarlo. Se acabó, Chad. Lamento haberte estropeado tu gran momento.

—¿Es una broma, Post?

—Oh, claro. Aquí, en el corredor de la muerte, todo es puro cachondeo. Te has divertido hablando con los periodistas durante todo el día, ahora diviértete un poco con esto. —Decir que detesto a este tipo es quedarme muy corto.

Pongo fin a la llamada y miro a Duke, que se está dando un festín.

—¿Puedo llamar a mi madre? —me pregunta con la boca llena.

—No. Aquí solo los abogados pueden usar los teléfonos móviles, pero no tardará en enterarse. Date prisa.

Duke se ayuda a tragar con un poco de té y ataca la tarta de chocolate. Yo cojo el mando a distancia y subo el volumen. Mientras rebaña el plato, un reportero sin aliento aparece de la nada en los terrenos de la penitenciaría y, entre resuellos, nos dice que se ha concedido un aplazamiento. Parece perplejo y confuso, y a su alrededor reina el desconcierto.

En cuestión de segundos llaman a la puerta y entra el alcaide.

—Imagino que ya te has enterado —comenta al ver la tele.

—Claro, alcaide, lamento aguar la fiesta. Dígales a sus chicos que se retiren y haga el favor de pedirme un coche celular.

Duke se limpia la boca con la manga y se echa a reír.

—No ponga esa cara de decepción, alcaide.

—No, en realidad me siento aliviado —dice, aunque la verdad es evidente. Él también se ha pasado el día hablando con periodistas y disfrutando de los focos. Pero su emocionante carrera por el campo ha terminado de repente con un traspie en la línea de gol.

—Me voy —anuncio, y estrecho la mano a Duke.

—Gracias, Post —dice.

—Estaremos en contacto. —Me dirijo a la puerta y le comento al alcaide—: Por favor, salude de mi parte al gobernador.

Me escoltan fuera del edificio, donde el aire fresco sopla con fuerza y resulta estimulante. Un guardia me conduce hasta un coche celular sin distintivos que está a escasos metros. Me monto en él y cierro la puerta.

—A la entrada principal —le digo al conductor.

La fatiga y el hambre me asaltan mientras atravieso la extensión del centro penitenciario Holman. Cierro los ojos, inspiro hondo y asimilo el milagro que entraña que Duke viva para ver otro día. Le he salvado la vida por ahora. Obtener su libertad requerirá de otro milagro.

Por razones que solo conocen las personas que dirigen este lugar, ha estado en cierre de emergencia durante las últimas cinco horas, como si los presos furiosos pudieran organizar una revuelta semejante a la de la Bastilla y asaltar el corredor de la muerte para rescatar a Duke. Ahora el cierre se está relajando; se acabó la emoción. El personal extra para mantener el orden se retira, y yo lo único que quiero es largarme de aquí. Tengo el coche en un pequeño aparcamiento cerca de la puerta principal, donde la gente de la televisión está recogiendo y yéndose a casa. Le doy las gracias al conductor, me monto en mi pequeño SUV de Ford y me marcho deprisa. Tras recorrer algo más de tres kilómetros por la autopista, paro en un supermercado cerrado para hacer una llamada.

Mark Carter. Varón blanco, treinta y tres años, vive en una pequeña casa de alquiler en la localidad de Bayliss, a dieciséis kilómetros de Verona. En mis archivos tengo fotografías de su casa, de su camioneta y de su novia actual, con la que vive. Hace once años, Carter violó y asesinó a Emily Broone, y ahora lo único que tengo que hacer es demostrarlo.

Utilizo un móvil desechable para marcar su número de teléfono, un número que se supone que no debo tener.

—Hola —responde después de cinco tonos.

—¿Mark Carter?

—¿Quién lo pregunta?

—Usted no me conoce, Carter, pero le llamo desde la cárcel. A Duke Russell acaban de concederle un aplazamiento, por lo que lamento informarle de que el caso continúa abierto. ¿Está viendo la tele?